

EL DOLOR DE LA TIERRA

*Comunicación del académico de número Santiago Kovadloff,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 12 de noviembre de 2014*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de marzo de 2015.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2013 / 2014**

Presidente Académico Ing. MANUEL A. SOLANET
Vicepresidente . . Académico Dr. SANTIAGO KOVADLOFF
Secretario Académico Dr. LEONARDO MC LEAN
Tesorero Académico Dr. RODOLFO A. DÍAZ
Prosecretario . . . Académico Dr. JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Protosorero Académico Dr. ROSENDO FRAGA

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI.....	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. María Teresa CARBALLO	26-10-11	Roque Sáenz Peña
Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA	26-10-11	Vicente López y Planes
Dra. María Angélica GELLI	12-12-12	Antonio Bermejo
Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI	12-12-12	Adolfo Bioy
Almte. Enrique MOLINA PICO	12-12-12	José de San Martín
Monseñor Héctor AGUER	10-09-14	Ángel Gallardo
Dr. Horacio JAUNARENA	10-09-14	Mariano Moreno
Dr. Luis Alberto ROMERO	10-09-14	Nicolás Avellaneda

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Carlos María BIDEGAIN
 Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA

EL DOLOR DE LA TIERRA

Por el académico Dr. SANTIAGO KOVADLOFF

I

La extinción de los hielos ya no es una sombría predicción sin fundamento. En un siglo o aun antes, estará cumplida. Los Estados Unidos cuentan con un Centro Nacional de Datos sobre la Nieve y el Hielo que acaba de elaborar un informe terminante. El hielo del Polo Norte se derrite a una velocidad tres veces superior a lo esperado. Se trata de un proceso irreversible. Lo mismo ocurrirá con las zonas de alta montaña. El frío está en retirada. Sus expresiones extremas, y aún las menos cruentas, van en camino de desaparecer. Su verdugo es el calentamiento global. Pronósticos lúgubres sentencian que los glaciares del Himalaya, la cadena montañosa más elevada del mundo, se habrán reducido, al cabo de ciento veinte años, de quinientos mil a cien mil kilómetros cuadrados. En cuanto a los glaciares de los Andes, nadie ignora lo que pasa: muchos se están derritiendo.

No es mejor el cuadro de situación en que se encuentra la selva amazónica. Si no termina barrida por la feroz deforestación

a la que está sometida, se verá devastada, de no mediar un milagro, por la arremetida aplastante del calor¹.

En el año 2108, así como en sus cercanías, vivirán los nietos y bisnietos de mis nietos: un argentino y dos ingleses, hasta el momento, que, al igual que tanta gente mayor que ellos, nada sospecha todavía sobre aquello que aguarda a su descendencia: no habitarán un mundo rico en matices climáticos. No se verán expuestos, en sus sensaciones y sentimientos, a la deliciosa alternancia de las estaciones. Todo indica que estarán domiciliados en un planeta anémico en variedad: temperaturas constantes de un extremo a otro; paisajes similares, idénticas especies vegetales y zoológicas. Un solo escenario global: el de lo Mismo. En él vivirán. Para ese entonces, los “no lugares” ya no serán apenas los aeropuertos y hoteles de las cadenas internacionales de los que, con franco desconsuelo, nos habla Marc Augé.

Como bien conjetura Ángel Trento, historiador y amigo romano, el día en que, dentro de treinta o cuarenta años, se pretenda saborear una brisa o arrancarle un tinte de frescura al enero europeo, habrá que echarse a caminar por Copenhague en mangas de camisa. O, en agosto, buscar en las playas nórdicas temperaturas menos ardientes que las que, para ese entonces, calcinarán las costas, hoy todavía codiciadas, de España y Portugal.

Lo irremediable ha tenido lugar. Quiero, por eso, explorar lo que no se ha evitado. De aquí en más, la historia del hombre será otra. El hombre será otro. De hecho, lo que se está perfilando es otro modo de ser hombre. Una subjetividad hasta hoy desconocida va haciendo su aparición.

¹ Hay quienes estiman que el retroceso de los hielos ha favorecido el aprovechamiento de suelos hasta hace poco inhabilitados para el cultivo, viendo en ello –y no sin cierta razón– un aspecto positivo del calentamiento global. Pero quienes así piensan nada dicen sobre suelos propicios para el cultivo que han dejado de serlo porque el calentamiento global los ha esterilizado, afectando la alimentación y la producción de poblaciones enteras.

Tras perder preeminencia, las temperaturas glaciales acabaron concentrándose allí de donde ahora se las está por desalojar: en los polos, en las altas cumbres donde el frío no es rasgo distintivo de una estación del año, sino de la eternidad. Una eternidad que empieza a resquebrajarse. ¿Terminará la vida en el planeta abrasada por el calor mucho antes de que lo haga a causa del congelamiento a que dé lugar la muerte del sol? Contra lo que se creyó, todo tiende a indicar que nuestra sepultura no será de hielo.

Hace bastante ya que se dejó de concebir al mundo que habitamos como ofrenda de un dios o, más módicamente, de la Naturaleza. Por obra de la cultura y también de la barbarie que la cultura comporta, el planeta ha pasado a ser, en gran medida, un producto, un artefacto, un artificio. Una creación, en suma, que bien podría llevar estampada en su frente, si la tuviera, esta señal distintiva: *Made by mankind*. Lo que de naturaleza le va quedando a la Naturaleza, en términos estrictos de señorío, es esa brutal capacidad de enfurecerse. De evidenciar con violencia su rebelión ante los efectos de la patología que le han impuesto mediante tantas transgresiones: tifones que se multiplican, terribles huracanes, lluvias que solo cesan para recomenzar, especies que sucumben sepultadas por tanta anomalía, sequías que parten la entraña del suelo y que parecen responder a un propósito bíblico, calores tan potentes y prolongados que acabarán por archivar términos tales como “otoño” e “invierno” en polvorientos manuales de mitologías venideras. Pues bien, eso es la Tierra ahora: un saldo, un residuo, un desenlace. Patio trasero de un cosmos cuyas leyes, esas que con su regularidad deleitaron e intrigaron a Albert Einstein, se dejan ver maltrechas, desmadradas, vacilantes; afectadas por el salvajismo de quien empezó por ocupar un modestísimo rincón del planeta y hoy, tras el irrefrenable despliegue de su voluntad depredadora, lo ha convertido en un basural, en un ser enfermo, inmerso en la indigencia, desolado. “Pobre Mundo”, lo llama Idea Vilariño:

*Lo van a deshacer
va a volar en pedazos
al fin reventará como una pompa
o estallará glorioso
como una santabárbara
o más sencillamente
será borrado como
si una esponja mojada
borrara su lugar en el espacio.*

*Tal vez no lo consigan
tal vez van a limpiarlo.
Se le caerá la vida como una cabellera
y quedará rodando
como una esfera pura
estéril y mortal
o menos bellamente
andaré por los cielos
pudriéndose despacio
como una llaga entera
como un muerto².*

II

Hace algo más de un siglo y medio, sostuvo Hipólito Taine que tal como el clima ejercía una estricta intendencia sobre las formas vivas de cualquier región, de igual modo se hacía sentir el influjo de

² Idea Vilariño, *Segunda Antología*, Calicanto, Buenos Aires, 1980, pág. 79.

una especie de temperatura, de clima moral, que con sus variaciones determina la aparición de ciertas manifestaciones artísticas. Y así como se estudia la temperatura física para comprender el surgimiento de esta o aquella especie de plantas, el maíz o la avena, el aloe o el abeto, se debe estudiar la temperatura oral para comprender el porqué del surgimiento de cualquier especie de arte, la escultura pagana o la pintura realista, la arquitectura gótica o la literatura clásica, la música voluptuosa o la poesía idealista. Las producciones del espíritu humano, como las de la Naturaleza, solo pueden explicarse por el medio que las produce³.

Cautivado por las analogías y proclive a las simplificaciones, el crítico francés no disimuló jamás su apego al determinismo. Me cuidaré, pues, de caer en sus excesos, devoto como soy de los míos. ¿Pero qué puede ganarse renunciando de raíz a creer que así como esa “temperatura moral” a la que Taine remite, incide en todo tiempo y en todo grado sobre la conformación y la marcha de las preferencias estéticas y las opciones expresivas de una época, de igual modo, sobre éstas y sobre tantas cosas más, pueden incidir también las alternativas ambientales a las que están expuestos un período histórico o un escenario social? No se trata de buscar una causa excluyente sino un criterio inclusivo. ¿Cómo opera el entorno trastornado en que vivimos en la constitución del “clima moral” en que nos toca proceder? ¿Y éste, a su turno, cómo pesa en la comprensión que de ese entorno trastornado logramos alcanzar? Por lo demás y por donde se mire, la subjetividad contemporánea acusa, con su metamorfosis, los efectos de la revolución tecnológica radicalizada en el siglo XX. El quebranto de valores y criterios que parecían perdurables, lleva a esa subjetividad en una dirección de difícil discernimiento. Así como el medio ambiente no será el que fue, tampoco el hombre egresado de la Modernidad

³ Hipólito Taine, *Filosofía del Arte*, Espasa Calpe, Madrid, 1958, págs. 20 y 21.

será el que fue. Hay de ello indicios sorprendentes. La muerte ha cambiado de significación. Sin sustancia teológica y sentido de lo trascendente, para mayorías cada vez más numerosas, sometida a las imposiciones de una época reñida con la lentitud a la que ya no se le reconoce mérito alguno, y con la significación favorable hasta hace poco atribuida a la admisión de los límites, la muerte ha sido forzada a presentarse como un hecho más entre tantos otros. Ahora se la tramita, ya no se la vive. Se ha impuesto, con respecto a ella, un creciente ritmo expeditivo. Afectando a hombres y mujeres cada vez más longevos (si se exceptúan los siempre prósperos aportes juveniles que a ella le siguen haciendo las guerras, las drogas, las pestes y la miseria), la muerte tiende a perfilarse, en nuestras culturas secularizadas, solo como un desenlace; como un momento final, más objetivo que íntimo, en la vida de quien lo protagoniza y en la de los deudos. Convertida en un procedimiento rápida y privadamente cumplido, ante la muerte ya no cuentan las preguntas sino únicamente las respuestas funcionales. Sin relieve simbólico, sin contenido litúrgico alguno, la sepultura consume un operativo acatado con férrea naturalidad.

Un detallado informe periodístico⁴ deja asentado que los cementerios españoles (¡nada menos que los españoles!) empiezan a ser escenario frecuente de entierros laicos. Los pasos en ellos seguidos poco y nada tienen que ver con los que fueron usuales a lo largo de tantos siglos. Se estima en un veinte por ciento el número de funerales que en las grandes ciudades españolas ya se cumplen fuera de todo encuadre religioso. Y, al parecer, se afianza la tendencia a optar por ellos. En 1977, Philippe Ariès trazó un agudo retrato del valor de la muerte ponderada a la luz de las costumbres. En sus páginas pueden leerse observaciones como éstas:

Es más que evidente que la supresión del duelo no se debe a la frivolidad de los sobrevivientes sino a una imposición

⁴ *El País*, Madrid, 26 de marzo de 2007, pág. 30.

implacable de la sociedad, que se niega a participar de la emoción del duelo. Es, de hecho, una forma de rechazar la presencia de la muerte, aunque se admita, en principio, su realidad. (...) Como dice Gorer, “Hoy la muerte y el duelo son tratados con la misma expresión que los impulsos sexuales hace un siglo”. Es imperioso, pues, aprender a dominarlos. “Hoy se admite –prosigue Gorer–, como algo perfectamente normal, que los hombres y mujeres sensibles y razonables sepan controlarse durante el duelo mediante la fuerza de voluntad y el carácter. Ya no tienen, por lo tanto, necesidad de manifestarlo públicamente, tolerándose tan solo que lo hagan en la intimidad y furtivamente, como un equivalente a la masturbación.” (...) Una situación nueva aparece, en consecuencia, hacia mediados del siglo XX, en los lugares mejor individualizados y más aburguesados de Occidente. Se está convencido de que la manifestación pública del duelo, así como su expresión privada muy insistente y larga, es de naturaleza mórbida. La crisis de lágrimas se transforma en crisis de nervios. El duelo, en una enfermedad. Quien lo evidencia acusa debilidad de carácter.”⁵

Pero hay más. La transformación de la realidad impulsada por el aluvión tecnológico ha impuesto a nuestros hábitos mentales características que ya nos son consustanciales. La hondura de su arraigo se reconoce en los usos del idioma y en la concepción del espacio y el tiempo. Se las advierte en el modo de procesar el caudal de información circulante sobre cualquier asunto. En la expropiación de lo privado por lo público. En el afán posesivo que generan las propuestas siempre renovadas de comunicación electrónica. En la rotunda primacía de lo virtual sobre lo real, de lo visual sobre lo auditivo, de lo sonoro sobre el silencio. En la

⁵ Philippe Ariès, *O homem diante da morte*, Francisco Alves, Río de Janeiro, Brasil, 1982, vol. II, pág. 633.

intolerancia a la espera por parte de un afán de goce que, como mandato, no admite dilaciones.

El 24 de marzo de 2007 tuve ocasión de soportar en Medellín la desmedida espera de un vuelo que debía llevarme a Cartagena de Indias. Lo hice en ocasional compañía de un joven empresario panameño asentado desde muchacho en el ramo editorial. Al cabo de una secuencia vertiginosa de mensajes de texto y brevísimas llamadas sucesivas efectuadas mediante un teléfono celular, aquel hombre, ubicado como estaba a mi lado en la pequeña sala de embarque, alzó los ojos y creyó reconocerme. Me propuso conversar. Ya no recuerdo cómo, terminó confesándome que no toleraba leer un texto en la pantalla electrónica o cualquier otro correo provisto por ella, que constara de más de quince líneas. A medida que verificaba que el mensaje excedía esa extensión, la ansiedad se adueñaba de él. Ganado por la impaciencia y por un sentimiento de encierro creciente, terminaba abandonando la lectura.

—Supongo —le dije— que no le ocurrirá lo mismo con un libro que sepa entretenerlo.

—Leo poco, muy poco —manifestó—. Los fines de semana tengo mil cosas que hacer.

Me contó, además, que la última vez que redactó algo a mano, tenía veintidós años. Y me lo dijo a los cuarenta y uno. Hablaba con una naturalidad asombrosa. Su escala de valores estaba tan afianzada en su experiencia que la vertía en la charla sin énfasis ni segunda intención.

Pensé, horas después, algo adicional. Que estamos a merced de unas costumbres que, de tan nuevas, casi no lo son todavía para muchos de nosotros. Y que, aun siendo novísimas, translucen una acendrada propensión de nuestra especie, la que consiste en encarar como naturales conductas, hechos y objetos que son puro artificio, pura cultura, absoluta construcción. José Ortega y Gasset se admiraba, en ese libro agraciado al que llamó *La rebelión de las*

masas, de que la mayoría de los hombres que en su tiempo comenzaban a volar cada vez con más frecuencia, no solo no tuviera la menor idea acerca de cómo ello era posible, sino que tampoco se interesaba en averiguarlo. Él concluía, por eso, que lo que hacían tantos de sus contemporáneos era concebir la cultura como si se tratara de naturaleza. Y así como el primitivo de antaño arrancaba del árbol el fruto codiciado sin preguntarse jamás cómo era posible disponer de un bien semejante, así también el primitivo de hoy se vale de la herramienta tecnológica con avidez de usuario y paleolítica indiferencia hacia sus condiciones de posibilidad y los efectos que ese modo de relación tiene sobre sí mismo.

III

Acierta Marc Augé: algo inédito se avecina. “Nuestra representación del hombre y del universo –observa– va a cambiar radicalmente y tenemos que prepararnos para eso.”⁶ Coincide con él George Steiner:

Sea como fuere, lo que está claro es que no habrá una vuelta a yo clásico. ¿Aparecerá muy poco a poco una nueva forma de colectividad? La imagen, para mí, es la del coro antiguo, y sabemos que nuestro teatro, nuestra literatura, nuestra poesía, se han librado muy lentamente de la oralidad del coro; no fue sino después de milenios de colectividad cuando se destacó una voz... El mundo de la red, en algunos aspectos, es el de la oralidad colectiva. Nos hallamos ante algo que es al mismo tiempo ultramoderno y arcaico (como pasa siempre con la dialéctica del doble movimiento), pero en ruptura con la individualidad clásica⁷.

⁶ Marc Augé, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de mayo de 2007, pág. 13.

⁷ George Steiner, *Los logócratas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007, pág. 163.

Los hombres a quienes toque vivir en un escenario mundial regido enteramente por los mandatos de lo virtual ya no serán como aún somos nosotros. Subjetivamente habrán de ser otra cosa. ¿De qué índole será esa otra cosa?

La revolución electromagnética en curso es una mutación de un orden incomparablemente más revolucionario (que la puesta a punto por Gutenberg del tipo movible). Apenas estamos empezando a comprender las nuevas formas de sentido, de la comunicación, del almacenamiento de datos. Internet, la red, son técnicas que implican una nueva metafísica de la conciencia tanto individual como social⁸.

Lo que la Modernidad ignoraba era hasta dónde podía llegar el desarrollo. Lo que nosotros ignoramos es hasta qué punto lo que se entiende por desarrollo puede alterar lo que concebimos como subjetividad.

Dos observaciones brindan buen sustento a esta cuestión. Una fue formulada por Alexis de Tocqueville y se remonta a las primeras décadas del siglo XIX. Tras visitar los Estados Unidos, De Tocqueville pondera con júbilo la democracia naciente. No se priva sin embargo de señalar que también ha querido

exponer a la luz los peligros que la igualdad hace correr a la independencia humana, porque creo firmemente que esos peligros son los más formidables, al tiempo que los menos previstos, de todos los que encierra el provenir. Pero no los creo insuperables⁹.

La otra observación, muy reciente, proviene también de un francés. Su autor, Charles Melman, es psicoanalista. Opina lo siguiente:

⁸ Ibídem, pág. 72.

⁹ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Guadarrama, Madrid, 1969, págs. 279, 280.

*La moral no estaba organizada hasta aquí por la preocupación de tener que preservar la vida (ni la del planeta ni la nuestra). Estaba organizada alrededor de la preocupación de tener que preservar el honor*¹⁰.

Alexis de Tocqueville, con su pasmosa aptitud para la profecía, vislumbra los riesgos que, en las democracias afianzadas, podría alentar el deslizamiento desde la igualdad indispensable al igualitarismo asfixiante. Claudio Magris, en una página no menos sagaz, define la índole de ese igualitarismo típico de las sociedades avanzadas de Occidente, aunque no solo, diría yo, de ellas. Lo hace al subrayar la involución del ciudadano a la condición de habitante y la de éste a vulgar consumidor, en el marco de lo que supo llamar “el totalitarismo blando y coloidal del poder de los medios de comunicación”¹¹. Añade a ello una consideración decisiva:

*También parece estar en peligro, a pesar de la creciente racionalización técnica, la racionalidad, hostigada por un cada vez más difuso irracionalismo, por un amasijo de ocultismo y superstición*¹².

Como si de un diálogo entre ellos se tratara, Melman podría aportar, a la lectura efectuada por Magris, este diagnóstico sobre nuestro tiempo:

*Uno asiste, si se me permite un comentario irónico, a una sorprendente victoria proletaria que Marx no había previsto: la proletarización del conjunto de la sociedad. ¡Todos proletarios! ¡Todos sirvientes! ¡Todos cautivos obedientes con respecto al goce!*¹³

¹⁰ Charles Melman, *El hombre sin gravedad*, entrevista de Jean-Pierre Lebrun, UNR, Rosario, 2005, pág. 129.

¹¹ Claudio Magris, *Utopía y desencanto*, Anagrama, Barcelona, 2001, pág. 287.

¹² Ídem.

¹³ Charles Melman, ob. cit., pág. 130.

El repliegue del pensamiento racional, a consecuencia del despliegue de la tecnolatría, es un fenómeno evidente en los días que corren. Una flamante superchería desplaza a lo que hasta hace poco se entendía por ella. Yo mismo he señalado en otra parte¹⁴ que la nueva ignorancia proviene de una relación enajenada con el saber y no de la falta de conocimiento. Su rasgo distintivo puede advertirse en el auge logrado por la concepción del error como problema exclusivamente metodológico. Hoy se tiende, nuevamente, a denostar la idea del hombre como incompletud imposible de colmar. La propaganda, que es la voz oracular dominante de este tiempo, ha dado vida a una nueva forma de apostolado. Un gran movimiento migratorio está siendo alentado. Es un éxodo generalizado hacia el altar de la Cifra. Hacia la idea triunfalista que propone la suficiencia del cálculo. La homologación festiva entre lo mensurable y lo real. La exaltación de la eficacia. Es lo que Jacques Lacan ha llamado “la correspondencia de todo con todo”¹⁵. Lo inequívoco siempre ha fascinado al hombre. En ello se expresa la nostalgia por la animalidad perdida. Ahora, esa nostalgia, a tan solo medio siglo de la *Shoá*, vuelve a operar abiertamente. Otra vez el hombre está cautivado por ella. Pero este hombre ya no habita la Tierra: la ocupa. La ha convertido en mercancía. Ha hecho con ella lo que ha hecho con él. La manipula enfervorizado por la potencia ilimitada que se le atribuye. Es un devoto de su presunta autonomía. La administra como un bien de uso. Se siente su propietario. Esta alteración de la posición subjetiva es fundamental. La inauguró la Modernidad, es cierto. Pero la Modernidad aún contaba con la Tierra. La tenía ante sí como objeto de conquista y de dominio. Hoy la Tierra está liquidada. Ya no es un horizonte sino un desecho. Nada queda ya que pueda serle arrancado. Ella, al igual que el cuerpo humano, también ha pasado a formar parte del material reciclable. No debemos mentirnos. La biodiversidad

¹⁴ *La nueva ignorancia*, Emecé, Buenos Aires, 2001, págs. 159 a 164.

¹⁵ Jacques Lacan, *El triunfo de la religión*, Paidós, Buenos Aires, 2005, pág. 81.

del planeta está herida de muerte. Los hombres de latitudes distintas y hasta recíprocamente extrañas, ya no serán ajenos ni se verán tan diferentes. Pero el reverso de esas diferencias y de esas distancias superadas no será la integración sino la disolución de las singularidades. Su compactación en una masa amorfa que no merece el nombre de conjunto. No se trata de un cambio. No estamos ante una mera pérdida. Estamos ante una claudicación vivenciada como logro. El saber y las creencias que a todos nos igualan en una misma esclerosis conceptual, son complementarios con la barbarie que ha sembrado y sembrará desequilibrios ambientales hasta ahora desconocidos. Se trata de tres factores interdependientes que tienden a inscribir, en el pantano de un neototalitarismo uniformador, los escenarios en que se habrá de vivir y los seres que en ellos habrán de convivir. Marc Augé lo dice a su manera:

*Vivimos cada día más en un mundo de evidencia, que se amplía y desarrolla a través de las tecnologías. Hay que resistirse a la evidencia*¹⁶.

Acaso las fronteras políticas tarden más que las geográficas en acusar el impacto producido por la magnitud de este fenómeno. Pero sin duda el celo que desde antaño inspira su trazado se trasladará hacia otras modalidades de autodefensa, lo que equivale a decir de discriminación del extranjero y de lo extraño. La heteronomía ha pasado a ser el enemigo por antonomasia. No habrá lugar para la disonancia. La alteridad, toda alteridad, va en camino de ser repudiada. El caso de Europa occidental es elocuente. No solo es el Viejo Mundo; es también y cada vez más, un mundo de viejos. Todo ratifica la supremacía de lo Mismo. Nada escapa a la avidez de la uniformidad. Cronos, devorador de sus hijos, vuelve a ganar actualidad.

¹⁶ Marc Augé, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de mayo de 2007, pág. 13.

IV

Salta a la vista de qué índole es la globalización en curso. Concebida por expertos y para un mundo de expertos, no duda en alentar el afianzamiento de la eficacia a expensas de la ética. Hay que insistir en esta verdad. El igualitarismo encuentra en ella mejores oportunidades que la igualdad. Basta mirar lo que la televisión ofrece para darse cuenta adónde apuntan quienes la promueven. El pensamiento en ella es el enemigo. Que aún no se nos vea a todos como una misma entidad, no significa que no haya empeño, acaso por eso, en que llegemos a conformarla. Bastarán pocas décadas para que, en un orden subjetivo, esa uniformidad se encuentre a tal punto afianzada en todo el globo que las diferencias culturales solo sean pintorescas distinciones. Pura periferia en el orden de la identidad. Ya no conformarán un valor a ser contemplado. Japón –y no solo China– nos lo anticipa todo a este respecto. La propensión a la vida arrebañada pareciera ser visceral en nosotros. Cifra, masa, mercado, son nociones correlativas. Las diferencias intersubjetivas no cuentan sino como obstáculo a ser superado. Se volverán puramente epiteliales, bajo el peso determinante de la dictadura tanto del confort como de su reverso, las barreras que promueven la exclusión social. Pobreza, racismo, fanatismo religioso, extremismo ideológico, compactan a sus víctimas en una común pseudoidentidad. Operan en la misma dirección que los mandatos del consumo: disuelven toda especificidad, alientan la indistinción, aplanan, inscriben las conductas en procedimientos idénticos y en una única lógica interpretativa. Pero es donde abunda el confort, claro está, donde mejor se observa la forma en que se licúa el perfil de lo cívico. El conformismo se presenta entonces como sinónimo de auténtica realización.

Tiemblo –escribe De Tocqueville– hacia 1840, porque, al fin (los ciudadanos de los regímenes democráticos), se de-

*jen poseer por un cobarde amor a los goces presentes, que el interés por su propio porvenir y el de sus descendientes desaparezca y que les guste más seguir blandamente el curso de su destino que hacer, si es necesario, un repentino y enérgico esfuerzo para enderezarlo*¹⁷.

La historia provee abundantes ejemplos que justifican sus temores. Decadencia es un nombre alternativo para aquello que tanto lo preocupa. Ciento setenta años después de Alexis de Tocqueville, el citado Charles Melman retoma esta referencia a “los goces presentes”.

*Estamos –entiende él– por abandonar una cultura ligada a la religión, que obliga a los sujetos a la represión de los deseos y a la neurosis, para dirigirnos a otra en la que se exhibe el derecho a la expresión libre de todos los deseos y su plena satisfacción*¹⁸.

Es la cultura del desenfreno. Es el universo de la inmediatez. De la pulsión que no tolera dilaciones. No se trata de un horizonte que se aproxima. Ya está aquí. Es una realidad que nos cerca. Su influjo sobre nosotros es palpable. Jean Baudrillard también lo advirtió:

*Obedecer al principio del placer, no rendirse ante el principio de realidad; todo da pie a una gran **parade**, un gran show colectivo en los nuevos espacios de la libertad*¹⁹.

¹⁷ Alexis de Tocqueville, ob. cit., págs. 230, 231.

¹⁸ Charles Melman, ob. cit., pág. 117.

¹⁹ Jean Baudrillard, *Los exiliados del diálogo*, En colaboración con Enrique Valiente Noailles, Sudamericana, Buenos Aires, 2006, pág. 141.

*Reconocemos allí la empresa moderna de un mundo indiferenciado, el nuestro, que no puede más que exterminar toda especie de singularidad o de diferencia*²⁰.

*Estamos ante una “promoción forzada de lo universal”*²¹.

Una globalización mal planteada y mal ejercida termina instaurando la tiranía del pensamiento único y, con ello, la abolición de toda subjetividad. Para Jean Baudrillard, todo esto equivale a una realidad integrista²². No se equivoca. Los integristas realizan a su modo esta faena a favor de la homogeneidad. En Occidente, las democracias no siempre empuñan el sable pero sí, constantemente, el estandarte de la publicidad. Con él, van en busca de lo Mismo. Con él, aspiran a lo Único. La metamorfosis, anunciada por Kafka hace más de noventa años, prosigue su marcha reveladora. Hoy se cumple, como señalé: mediante la destitución del ideal del ciudadano a favor del ideal de consumidor. Para ello es indispensable que los matices pierdan relieve. Las ideas, singularidad. La horma en que todo debe caber es la del colectivismo. También Martín Buber lo presintió hace mucho. Su estremecedora apología del diálogo data de 1923. El trasfondo de ese canto no es otro que la sorda procesión del monólogo en marcha expansiva.

V

Muchas de las mejores intuiciones de Hipólito Taine pueden releerse a la luz de las ideas de Tetsuro Watsuji. Su palabra les infunde una vitalidad insospechada.

²⁰ Jean Baudrillard, ídem, pág. 81.

²¹ Ibídem, pág. 90.

²² Ibídem, pág. 80.

Hoy se impone resucitar –afirma– junto con la subjetividad del cuerpo, la del paisaje²³.

Clima y paisaje son, desde el primer momento, históricos. En la doble estructura histórico-ambiental de la vida humana, la historia es historia dentro del paisaje y éste lo es dentro de la historia²⁴.

El pensador japonés vivió entre 1889 y 1960. Las reflexiones que reunió en su *Antropología del paisaje* fueron elaboradas entre 1928 y 1935. Quien tome en cuenta las consideraciones que por entonces daban a conocer Gabriel Marcel, Martin Buber y Karl Jaspers, no dejará de sorprenderse. Compartían con Watsuji, aun sin saberlo, una misma disconformidad con lo que, ya en esa época, se entendía por subjetividad. La influencia explícita y fecunda sobre él fue, no obstante, la de Martin Heidegger, con quien discrepó medularmente en lo que atañe a la concepción del espacio.

Watsuji se singulariza por asimilar el paisaje a sus consideraciones sobre la índole de lo humano. El “entorno” por lo tanto no es, para él, algo exterior ni algo natural. Lo que nos rodea nos constituye, dirá. Al acatar el medio ambiente, embestimos contra nosotros mismos. Nuestro cuerpo es, en última instancia, el objeto directo de esa agresión.

Cabe preguntarse por qué procedemos así. Qué nos angustia en nosotros mismos y redundante en un zarpazo al entorno como si de otra cosa que nosotros se tratara.

El error más extendido al hablar de clima y paisaje consiste en centrarse en la perspectiva dualista: influjos mutuos externos entre el individuo y el entorno concreto del am-

²³ Tetsuro Watsuji, *Antropología del paisaje*, Sígueme, Salamanca, 2006, pág. 35.

²⁴ *Ibídem*, pág. 34.

biente –clima y paisaje–, desconectándolo de la existencia humana y su historia cultural, para reducirlo tan solo a un entorno natural²⁵.

Heidegger, con quien Watsuji estudió, lo impulsó en la comprensión del problema. Mediante su concepción de la temporalidad como fundamento constituyente de la existencia, le abrió a Watsuji el camino hacia una lectura innovadora de la espacialidad. En esa lectura, éste y aquélla, si bien diferenciables, resultan inescindibles. Dice así:

El espíritu solamente constituye la historia como su propio despliegue cuando es un sujeto que se objetiva, un sujeto con cuerpo. Esa corporeidad subjetiva es justamente la ambientalidad. El carácter dual, finito e ilimitado del ser humano se pone de manifiesto claramente en la estructura histórica paisajística de la vida humana²⁶.

En la unión de ambientalidad e historicidad toma cuerpo, por así decirlo, la historia humana²⁷.

Se muestra por tanto la estructura espacio-temporal de la existencia humana como ambientalidad e historicidad. La inseparabilidad de espacialidad y temporalidad está en la base de la inseparabilidad de lo histórico y lo biográfico²⁸.

Es erróneo, entonces, disociar el espacio del tiempo en desmedro del primero, si se quiere alcanzar del hombre una comprensión que respete su complejidad. Ambos son, según Watsuji, constituyentes de la existencia. Lo que hoy vivimos como catástrofe climática es también consecuencia de esa escisión. ¿Qué decir del

²⁵ *Ibidem*, pág. 31.

²⁶ *Ibidem*, pág. 34.

²⁷ *Ibidem*, pág. 33.

²⁸ *Ídem*.

frío o del calor sino que nos descubrimos al sentirnos y que solo son reales para nosotros en la medida en que se nos brindan como sensación? Somos lo que nos sucede. Al alterarse las condiciones climáticas, se altera nuestra autopercepción. “Descubrimos nuestros propios cambios a través de los cambios del tiempo”.²⁹ Paisaje y clima, dirá Watsuji muy cerca de Taine,

*son condicionamientos del modo de comprenderse a sí mismo por parte del ser humano. Está claro, por tanto, que no se trata de la geografía o de la meteorología como temas de ciencias naturales*³⁰.

La Modernidad no consideró el paisaje y el clima como expresiones del ser humano sino como contextos, elementos externos a su ser. Hoy empezamos a persuadirnos de que las actuales anomalías del medio ambiente son manifestaciones de nuestro propio ser anómalo. Un ser que se ha concebido y ha obrado como amo del entorno y no como parte de él, enajenándose, al hacerlo, de sí mismo. Un ser que, mediante el poder que concentra, obra en desmedro de su propia complejidad.

*El mayor contaminador industrial del mundo, Estados Unidos, se niega a aplicar las disposiciones preventivas del Protocolo de Kyoto y a obligarse a limitar sus emisiones tóxicas de dióxido de carbono y otros gasees, señalando que tales limitaciones penalizarían sus industrias y su economía, con indiferencia por la salud del mundo y de su propio país*³¹.

²⁹ Ibídem, pág. 28.

³⁰ Ibídem, pág. 31.

³¹ Guillermo Arnaud, “Qué detiene el acuerdo ambiental mundial”, *La Nación*, Buenos Aires, 19 de agosto de 2007, pág. 23. Seis años después de aparecida la primera edición de este libro, los Estados Unidos y China, sellaron, en noviembre de 2014, un pacto considerado histórico. Acordaron reducir las emisiones de gases de efecto invernadero a partir de 2025 (EUA) y de 2030 (China). El propósito, aseguran los firmantes, es frenar el cambio climático cuyos efectos amenazan la supervivencia de nuestra especie. El acuerdo, sin embargo, no dejar de estar rodeado de escepticismo, tanto en la comunidad científica como en sectores políticos. Sobre

Guillermo Arnaud da en el centro motivacional de esta política ecocida y genocida a la vez: “El problema con la contaminación ambiental mundial es producido por el hombre; por la ilimitada avidez humana que para el logro de beneficios es indiferente a la muerte, la destrucción y la contaminación.”³² Esa “ilimitada avidez” aspira a una totalización imposible. Y en su despliegue siembra la destrucción que se revierte luego sobre él. Las motivaciones inmediatas de esta conducta pueden caracterizarse como conscientes. En el fondo, empero, se trata de otra cosa. La destrucción ambiental es una de las expresiones más radicalizadas de autodesprecio. Con ella el hombre ataca cuanto en él aspira a una conducta participativa. Es menoscabo de su identidad orquestada con todo aquello que excede su delirio autorreferencial, el afán de autonomía majestática. Se trata de una rebelión suicida contra la alteridad que nos constituye en pos de una identidad sin disonancias que no hiera la voluntad narcisista. Recuerda con razón Arnaud que el filósofo argentino Víctor Massuh

*incluyó la ecología entre los problemas que atañen a la suerte de la humanidad en su conjunto. Massuh calificó la acción ecológica como la máxima empresa que tiene por delante la humanidad*³³.

Máxima, claro está, porque en ella se juega su propio porvenir en términos de sentido y no solo en términos de supervivencia. Es que esa empresa remite a la elaboración o no de una nueva categoría: la que atañe a lo que cabe entender, de aquí en más, por cuerpo propio. Ecológica innovadora y nueva identidad corporal

todo en la primera se asegura que la Tierra ha vuelto a ser desoída. Los plazos fijados contemplan los intereses de las potencias mundiales pero no toman en cuenta la extrema fragilidad en que se encuentra el planeta como para resistir, durante más de una década, el tratamiento brutal que se le viene dispensando desde hace ya mucho.

³² Guillermo Arnaud, ob. cit., pág. 23.

³³ Guillermo Arnaud, ídem.

son, así, instancias correlativas. Más aún: hondamente interdependientes. Al igual que las restantes conductas adictivas, la agresión a Gaia es desprecio del hombre autosuficiente por el hombre interdependencia. Desprecio de quien supo ser creador hacia aquel que nunca dejó de ser criatura. Ban Ki-Moon, secretario general de Naciones Unidas, es rotundo al respecto:

La ciencia es clara. El calentamiento de la Tierra es inequívoco; nosotros, los seres humanos, somos la causa principal³⁴.

¿Es éste, acaso, un reconocimiento tardío? ¿O aún es posible frenar esta carrera hacia la nada?

¿Puede admitirse que la codicia o la ignorancia de quienes son responsables de este problema sean capaces de alterar la maravilla que tanto tiempo llevó construir?³⁵

El descubrimiento del inconsciente y de los ecosistemas como configuraciones intuitivas de la subjetividad son los dos descubrimientos fundamentales que, sobre la índole de lo humano, se realizaron en el siglo XX.

Como un animal malherido, la Tierra, en su agonía, va dejando en nosotros las huellas de su dolor. El pasaje al sufrimiento, en lo que hace a la agonía de la Tierra, exige, por parte del hombre, lo que acaso ya no sea posible: un cambio de perspectiva. Otra comprensión de lo que sucede. ¿Sabremos reconocernos a nosotros mismos en esas heridas abiertas por el desenfreno productivo? ¿O seguiremos creyendo, como todo parece indicar, que estamos ante un problema “objetivo” al que cabe “resolver” mediante las herramientas tecnológicas apropiadas?

³⁴ Ban Ki-Moon, “Las primeras víctimas del cambio climático”, *La Nación*, Buenos Aires, 7 de junio de 2007, pág. 23.

³⁵ *La Nación*, Buenos Aires, editorial del 21 de junio de 2007, pág. 22.

Si bien la cuestión medioambiental afecta el planeta entero, incide con más violencia sobre las regiones en las que se concentra la población de menos recursos. Los pobres se aglomeran en las áreas de mayor riesgo. Es escasa o nula su capacidad para enfrentar las dificultades. Dependen, para sobrevivir, de recursos que son los más deteriorados por la barbarie ecosistemática. Paradójicamente, los países con menos recursos resultan ser los que emiten los niveles más bajos de dióxido de carbono. El desequilibrio ecológico es, pues, una enfermedad del desarrollo. Según las Naciones Unidas, en 2020 la falta de agua afectará a 250 millones de personas en África solamente. En Asia, hacia 2050, a 1.000 millones. Si el deshielo continúa y el volumen de los mares crece, entre 60 y 100 millones de personas tendrán que escapar de los sitios costeros donde hoy residen. ¿Adónde irán en tal caso? Por otro lado, en las regiones áridas y semiáridas donde, no obstante, se aglomeran 700 millones de seres humanos, el calentamiento global agravará la falta de agua. ¿Qué harán, entonces, esos 700 millones? ¿Emigrar? ¿Adónde? Se estima que el aumento de las temperaturas que se está produciendo es el mayor de los últimos 10.000 años. Sus causas no son naturales. Pero la respuesta del medio ambiente puede llegar a ser tanto o más implacable que el maltrato que recibe por parte de hombre.

Watsuji no se cansa de repetirlo: clima y paisaje son inescindibles de la existencia humana. Clima y paisaje son expresión de la cultura. La actual crisis medioambiental es una crisis cultural. Ella evidencia lo que el hombre entiende acerca de sí mismo. O, lo que es igual, lo que de sí mismo deja de entender. Al separarse de la naturaleza por no concebirla como expresión de sí mismo, el hombre fragmenta y entiende como ajeno lo que es propio. Hay autoodio en la patología ambiental reinante. ¿Cómo transitar, en este orden, del dolor sembrado por la disociación sujeto-objeto al sufrimiento nacido de la reconciliación entre espacio y tiempo? La subestimación del paisaje no es otra que la que nuestro propio ser nos inspira. Si es cierto que el mar, el bosque, la lluvia y la nieve ya no

son divinidades, no menos lo es que no pueden seguir siendo, sin consecuencias apocalípticas para nosotros, objetos de explotación prostibularia o de criminal indiferencia. Preguntarnos por lo que podrían pasar a ser equivale a preguntarnos por lo que podríamos llegar a hacer. ¿Podrá la Modernidad tardía generar el inicio de una conciencia conciliadora entre hombre y paisaje? ¿Una nueva y gradualmente afianzada noción de lo humano centrada en lo real como enigma que se da a leer en la autocomprensión de lo humano como *Dasein*, es decir “índole espacio-temporal de la subjetividad”³⁶? El problema central es siempre el mismo: el modo en que pensamos. ¿Nuestros hábitos mentales, al servicio de qué posicionamiento subjetivo están? El diagnóstico actual no puede ser otro que éste: el ataque al entorno es ataque a lo interno. En la destrucción ecológica emprendida se consume la agresión del hombre a lo humano entendido como don de convivencia. A lo humano entendido como punto de inflexión donde se produce la convergencia o comunión e inseparabilidad de los opuestos. Ese punto es el cuerpo. El cuerpo humano sujeto a las leyes de la alteridad que impiden su apropiación plena por parte de la voluntad colonizadora. Esa voluntad que lo quiere sometido y transfigurado por la técnica, exceptuado para siempre de la naturaleza. El hombre no retrocede en su afán por ganar más y más autonomía con respecto a su ancestral inscripción en ella. Es a muerte su lucha contra la muerte, esa imposición de un límite a su narcisismo por parte de una legalidad que escapa a su control. Leamos a Jean-Luc Nancy:

El hombre se convierte en lo que es; el más terrorífico y perturbador técnico, como lo designó Sófocles hace veinticinco siglos, el que desnaturaliza y rehace la naturaleza, el que recrea la creación, el que la saca de la nada y el que, quizá, vuelva a llevarla a la nada. El que es capaz del origen y del fin³⁷.

³⁶ Tetsuro Watsuji, ob. cit., pág. 32.

³⁷ Jean-Luc Nancy, *El intruso*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006, pág. 14.

El desafío mayor: descubrirnos en lo que no somos como lo que también somos. Hacer de la alteridad una expresión de lo propio. Ver en lo irreductiblemente ajeno, lo indefectiblemente personal. Y todo ello, sin confundirlos, sin homologarlos, sin caer en la tentación de una sinonimia superflua. Igualmente enseña Watsuji que espacio y tiempo no son homologables aunque no se los pueda separar. No lo somos, tampoco, tú y yo, aun cuando podamos y debamos distinguarnos.

La antropología filosófica, tal como Watsuji la concibe hacia 1930

*intenta captar de nuevo al ser humano en su doble carácter corporal y espiritual, superando la escisión. El centro del problema es la intuición de que el cuerpo no se reduce a mera materia, sino que es también subjetividad*³⁸.

Subrayo lo indispensable. Que el cuerpo sea “también subjetividad” implica que el cuerpo no es lo que *tengo* sino lo que *soy*. Antes que objeto de percepción, experiencia de autopercepción. Trasládese esto a la noción de medio ambiente. Se dirá entonces: la espacialidad “no se reduce a mera materia, sino que es también subjetividad”. En cuanto a lo que hace a la idea de *totalidad*, Watsuji propone que hay totalidad donde hay interdependencia. No aspira a la *totalización* entendida como consumación, exhaustividad o completud. Según Watsuji, el paisaje ha muerto como autorreferencia. Y es preciso resucitarlo. “Hoy se impone resucitar, junto con la subjetividad del cuerpo, la del paisaje”.³⁹ La transición hacia una cultura planetaria, reivindicada por Edgar Morin, no significa otra cosa. Quien aspire a reconocerse que busque discernirse en la diferencia. La aprehensión de la diferencia

³⁸ Tetsuro Watsuji, ob. cit., pág. 35.

³⁹ Ídem.

garantiza el acceso a la auténtica identidad. Sin extrañamiento no hay intimidad. ¿Qué otra cosa hace la filosofía sino embestir contra la familiaridad abusiva, promover la irrupción de lo extraño, desbaratar la transparencia ilusoria que reviste lo habitual?

La intersubjetividad –escribe Watsuji– se constituye sobre la base de un modo de trascender que descubre al sí mismo en lo otro y pertenece, por tanto, originariamente al plano del existir o estar saliendo fuera de sí mismo⁴⁰.

Buber, Marcel, Jaspers están aquí. No hay existencia sin validación de la alteridad.

¿Resistirá la naturaleza su fagocitación por parte de una cultura que al renegar de la diferencia se vuelve antropofágica? La Naturaleza parece sentenciar: la armonía que me arrebató una voluntad dominadora reacia a todo límite caerá en forma de muerte también sobre quien me la provoca. El ataque a la biodiversidad revela, como lo ha señalado Víctor Massuh invirtiendo la hipótesis de Max Schler, que el lugar del cosmos en el hombre es hoy irrelevante. El hombre de hoy poco y nada quiere saber de sí como expresión de ese cosmos. Se ha cristalizado en la autosuficiencia. Presume que la agonía de la Tierra no es la suya. De esa enajenación profunda, quizás irreversible, proviene el ataque al clima y al paisaje.

⁴⁰ *Ibíd.*, pág. 36.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico Vicente Massot

Una brevísima reflexión, a modo introductorio, de una pregunta que quiero hacer. Aún incurriendo en algún género de reduccionismo, y si uno pudiese, cosa que no se puede, circunscribir el análisis al mundo antiguo, al mundo medieval, y a la modernidad, se podría decir que el pensamiento del mundo antiguo, del hombre de la cultura clásica, tenía una concepción de la naturaleza, de la historia y de Dios, o de los dioses, en la que hubiera sido imposible un ademán ejercido en contra de la naturaleza. El hombre del Medioevo se asumía como creatura y la creación era obra de un Dios todopoderoso: ¿cómo atentar y por qué atentar, entonces, en contra de la naturaleza? La pregunta es esta: aun cuando sea políticamente incorrecta. ¿Acaso cuanto tan bien ha descrito el Dr. Kovadloff no es de alguna manera el resultado de un iluminismo presuntuoso que creyó que se podía reducir todo, la Historia, Dios y la Naturaleza, a los dictados de lo que podríamos llamar la razón racionalista?

Académico Santiago Kovadloff

Creo que cada época, cada uno de los ciclos históricos que nombró el Académico Massot, la Antigüedad, la Edad Media, cada uno de ellos, digo, estuvo conscientemente expuesto a un riesgo, al riesgo de un exceso. El mundo antiguo previó y advirtió sobre ese exceso. En boca de los griegos lo hizo a través de la noción de desmesura. En boca de los judíos, a través de la noción de ley. La desmesura estaba fundamentalmente asociada a la idea de un hombre que creía poder reducir lo real a las proposiciones de su voluntad de poder. La noción de ley estaba allí para acotar el desenfreno y recomendar que el afán de protagonismo no avasallara el derecho del prójimo. De la mano del cristianismo en Occidente, la Edad Media también supo llamar la atención sobre el riesgo propio de su tiempo que, a mi juicio, tuvo que ver tanto con una concepción superficial de la fe cristiana, con una liturgia externa, como con ese otro –enemigo o adversario– que comprometía con su existencia la supremacía de la visión cristiana. Ya en los tiempos modernos, en el siglo de la secularización avanzada, en el tiempo en que “Dios ha muerto”, según la célebre frase de Federico Nietzsche, la suficiencia del hombre se concentra en la idolatría de lo tecnológico, es decir en la tecnolatría, un sucedáneo secular de lo divino. Es obvio que la técnica no solo no es un mal, sino un recurso prodigioso. Pero también es evidente que un hombre huérfano de límites tiende a concebirla como un recurso totalizador y autónomo. Así entendida, se produce un reduccionismo que no es otra cosa que desmesura. El dilema de fondo es saber si estamos dispuestos a hacerle lugar a la alteridad, ya sea la de nuestro prójimo, ya la de nuestro entorno como entidad viviente con derechos que reclaman consideración. Un hombre triunfante que se presume invicto y sin límites en sus ambiciones, una época que ha caído en la presunción del exitismo y del pragmatismo más elemental dio origen a uno de los grandes versos de Saint John-Perse: “aquí está el corazón del hombre para ser medido”.

Académico Luis Alberto Romero

Después de escuchar la soberbia exposición del académico Kovadloff, un poco abrumado, me permito un pequeño comentario humorístico: me alivia saber que, por mi edad, no voy a ver todas estas calamidades. Es un texto muy rico, muy complejo, y es muy difícil entrar en él con solo una lectura, de modo que sólo puedo decir algunas cosas muy generales.

En primer lugar un elogio por la construcción en torno del tema de la tierra y la naturaleza. Es como un rondó musical, está en el centro pero se sale y vuelve; va examinando distintas cuestiones relativas y luego vuelve al tema del cambio ambiental y de la crisis ecológica. Sobre este tema no puedo decir si comparto o tengo dudas acerca de la magnitud del horizonte catastrófico que nos presenta el académico Kovadloff.

Con respecto a los cambios en la subjetividad, me gustaría ver más en detalle cómo está construida la relación entre cambios en la naturaleza o el medio ambiente, y cambios en la subjetividad. Hay un salto grande entre ambas esferas, y me interesará mucho descubrir cómo lo ha explicado. Su planteo me recuerda mucho un tema de principios del siglo XX. Es el tema de Le Bon, y después, de infinidad de gente, porque fue un tema obsesivo en la época hasta llegar a Ortega y Gasset. Se trata del problema de la masificación. Hace ya 115 años, en el mundo de la cultura occidental apareció esta percepción de la crisis del individuo y todos los fenómenos conexos, que ahora se potencia con este nuevo aspecto: la globalización.

Sobre la cuestión de las etapas, que inicialmente planteó el doctor Massot, quiero hacer una pequeña precisión. Se habló de mundo antiguo, de Edad Media, y de ahí se salta al Iluminismo. Es conocida la versión de que con el Iluminismo arrancan los males del mundo actual, que como decía recién Kovadloff, remite a Nietzsche. Pero me parece que queda una buena porción de la

historia, en la que se ubica –y aquí sigo a mi padre– la emergencia, a finales de la llamada Edad Media, de esta actitud, de esa nueva idea de individuo de naturaleza y de Dios. Esta idea luego tiene su notable desarrollo en el Renacimiento, en Galileo, en Descartes y otros, antes de llegar a la Ilustración. Son unos cuantos siglos de nacimiento, de desarrollo, de apogeo, de frutos notables, de algo que hoy se nos aparece como la causa de los problemas contemporáneos. Me parece que si uno quiere mirar de donde arrancan estos males, el salto de la Edad Media cristiana a la Ilustración es un poco excesivo.

Tengo un comentario sobre los cambios, los grandes cambios en la cultura, en la sociedad, y la manera en que los percibimos. El Dr. Kovadloff ha hecho un ensayo brillante, y creo que uno de los modos de ser de los hombres es hacer estos ensayos brillantes, estos diagnósticos, estas advertencias.

No cuestiono la necesidad de hacerlos, y yo mismo en mi pequeña escala que a veces lo hago, Pero a la vez me parece importante relativizar la capacidad que tenemos, en la mitad del camino o dando vuelta en algún recodo de la montaña, de entender el todo. A veces nos llama más la atención algo que luego o posteriormente no será considerado tan central. Creo que es bueno hacernos una especie de llamado de atención a nuestra capacidad para entender cambios que planteamos como cosas definitivas, como por ejemplo el desarrollo de una nueva subjetividad.

Mi último comentario se refiere a la actitud básica que tenemos ante estos cambios. La experiencia de la historia nos ha enseñado que siempre tienen un aspecto destructivo pero a la vez un aspecto constructivo, de esos que los protagonistas rara vez alcanzan a percibir. Hay una famosa definición de la crisis como riesgo y como oportunidad; mi experiencia de la historia me enseña que, de un modo u otro, los hombres se las han arreglado para adecuarse a las nuevas situaciones, o para proponer soluciones novedosas, que no podemos conocer porque nosotros no conocemos

el final de la historia. Podemos querer que vaya hacia algún lado, pero honestamente no lo sabemos. Eso me hace ser un poco cauto con respecto a los diagnósticos catastróficos. Me da la impresión de que, como en las películas, de alguna manera James Bond se las va a arreglar para salir adelante.

Lo cual no quita que sean esenciales e imprescindibles estos diagnósticos que nos alertan sobre donde están los peligros, y creo que a eso apuntó Kovadloff al señalar que la naturaleza no es algo ajeno a la sociedad sino que un mismo sistema las articula a ambas.

Académico Felipe de la Balze

Quiero felicitarlo al académico Kovadloff por una muy brillante exposición que obliga a pensar. Quisiera proveer una información y dos comentarios. La información: ayer, los Estados Unidos y China, después de casi 20 años de negociación, llegaron a un acuerdo bilateral para reducir las emisiones de calentamiento global. Han tomado una decisión que va a estar en todas las tapas de los diarios, se han puesto de acuerdo en reducir significativamente, cada uno por su lado, las emisiones de dióxido de carbono que afectan el calentamiento global. Algo sobre esto debiera incluirse en el trabajo porque la crítica que se le hace a los Estados Unidos parece algo extrema en un contexto en que dicho país y China anuncian públicamente un cambio significativo en sus políticas.

Respecto a los comentarios, el primero es la necesidad de recordar que el calentamiento global tiene consecuencias positivas y negativas. Las negativas son las mencionadas por el académico Kovadloff. Las positivas para la Argentina son conocidas, a pesar de que no se las menciona en su presentación. Por ejemplo nuestra frontera agrícola se expandió en los últimos 10 años gracias al

calentamiento global; hoy en día se hace agricultura en San Luis, en la Pampa y en varias provincias en donde antes no se hacía, porque llueve más que antes. También gracias al cambio climático hoy en día hay bodegas de vino en Neuquén y Río Negro. Los estudios del efecto del cambio climático en Argentina indican que el cambio climático tendrá efectos positivos sobre las regiones sur del país aunque estaremos más expuestos a las tormentas, las sequías y las inundaciones en las zonas central y en los grandes aglomerados urbanos. Lo mismo sucede en Canadá, en el norte de los Estados Unidos y en Siberia (Rusia), donde se estima que el clima mejorará durante los próximos años (menos frío, más lluvias, una agricultura más productiva, un clima menos extremo). Lo mismo le sucede en nuestra Patagonia. Si bien el calentamiento global tiene graves consecuencias, es importante mencionar que también tiene consecuencias positivas a tomar en cuenta. Como diría el Martín Fierro, “no hay mal que por bien no venga” y las consecuencias positivas, para algunas regiones relegadas de nuestro país, son relevantes y deben mencionarse.

El segundo comentario es más filosófico. El Académico Kovadloff nos ha indicado que la humanidad se acerca a gravísimas calamidades resultado del cambio climatológico. El peligro es real y hace bien el académico Kovadloff en alertarnos.

Sin embargo, no comparto su versión sombría porque no toma en cuenta la extraordinaria capacidad que ha demostrado la Humanidad para sortear desafíos que parecían en su momento infranqueables. Así, recuerdo a David Ricardo que anunció los rendimientos decrecientes del capital y el estancamiento secular de la economía cuando la Revolución Industrial daba sus primeros pasos. También a Malthus, que previó que el crecimiento demográfico iba a producir catastróficas hambrunas que finalmente no ocurrieron gracias a las notables innovaciones tecnológicas que ocurrirían en la agricultura. Asimismo, Karl Marx anunció que los conflictos de clases llevarían al sistema capitalista a una crisis ter-

minal, lo que tampoco sucedió. Quizas, anunciar el apocalipsis es prematuro. En el pasado, la ingenuidad, la creatividad humana y la innovación tecnológica, han permitido sortear enormes desafíos y dificultades. Mantengamos la esperanza y no pensemos que estamos condenados a quemarnos eternamente en el infierno.

Académico Eduardo Quintana

En primer lugar quiero manifestar mi congratulación la exposición del académico Kovadloff por varios motivos. Entre ellos no es común que lo estético tenga su lugar en reflexiones científicas. Por la profundidad del abordaje del tema y además por la valentía de sus palabras. Hace mucho que no escuchaba los conceptos que Ud. ha expresado, ya que muchos de ellos ponen en la picota a los grandes poderes del mundo. Sus palabras no son precisamente condescendientes con la tecnocracia aliada al economicismo financiero que han preterido muchos valores morales, políticos y religiosos. Me parece oportuno señalar que varias de las cuestiones expuestas son coyunturales u opinativas y por tanto pueden recibir distintas respuestas (temas ecológicos y otros como calentamiento de la tierra, falta de agua, catástrofes provocadas por mano del hombre, etc.). Pero más allá de ello, claramente se advierte un hilo conductor muy claro en su pensamiento, con premisas, premisa mayor, menor y conclusiones. Por ello pongo el acento en la dimensión *cultural* de sus palabras. Entiendo que la exposición se inscribe en una larga corriente intelectual de excepcional valía, muchos de sus autores son hoy día olvidados. Me hicieron acordar algunas lecturas que me permito citarlas, el primero un pensador actual, con quien es mucho más lo que me separa que une, me refiero Gianni Vattimo quien en "*La sociedad transparente*", donde sostiene que por primera vez en la historia la palabra moderno pasó a significar "lo mejor"

(nadie quiere ser antiguo) considerando peyorativamente todo lo anterior. Otro pensador contemporáneo, opuesto a los postmodernos, Jürgen Habermas, manifiesta con una frase que es paradigmática a su obra: “la modernidad es un proyecto inacabado”, que si bien la modernidad intentó la liberación humana mediante el progreso, terminó en una despiadada opresión de la tecnocracia. También mientras exponía el académico, recordé el libro “*Un mundo feliz*” de Huxley, y en otra postura distinta pero en mucho coincidente a un existencialista cristiano como Gabriel Marcel en “*Los hombres contra lo humano*”. También marxistas y postmarxistas, como Max Horkheimer y Theodor Adorno en “*Dialéctica de la ilustración*” y cabe mencionar en otro espectro a Romano Guardini que es teólogo, y a Lewis en “*La abolición del hombre*”, autor de “*Las crónicas de Narnia*” y por último a Michel Sicacca en “*El oscurecimiento de la Inteligencia*”. No creo para nada exageradas muchas conclusiones del académico y para ello me refiero a las predicciones de un filósofo italiano, Ugo Spirito, que afirmaba en la década del cincuenta del siglo pasado, que las verdaderas revoluciones por venir no eran sociales, ni políticas ni ideológicas. La revolución verdadera provendría de un nuevo avance de la ciencia en las área de las comunicaciones y la genética, mediante la cual la humanidad pasaría de ser el *objeto* de la evolución natural al *sujeto* que se transformaría a sí mismo produciendo una especie superadora a nuestra limitada y penosa existencia actual: el superhombre estaba ya en las cercanías de la historia. Finalizo mi comentario con una frase suya que puede servir de corolario a todo lo dicho: “el ser humano se entendió creador pero nunca dejó de ser una creatura”.

Académico Enrique Molina Pico

Felicito al académico Kovadloff y a todos los que me precedieron en el uso de la palabra por la excelente exposición y las preguntas relacionadas. Voy a hacer un reduccionismo a la secularización actual. He interrelacionado algunas ideas básicas que condicionan u orientan la vida diaria a la mayoría de la población pues, nos encontramos, por medio de la presión publicitaria ante una promoción forzada de lo universal que va modificando la condición humana a la de simple agente consumidor. A través de la publicidad se va cambiando de la situación de ciudadano a la de habitante y de la de habitante a la de consumidor, mientras que la técnica, a través de un verdadero aluvión, nos lleva a un cambio del idioma, a una victoria de lo virtual sobre lo real, de lo visual sobre lo acústico, de la necesidad de un goce sin espera y básicamente a la avidez por los logros inmediatos sin medir las consecuencias. La eficacia se tiene que obtener aún a expensas de la ética, y finalmente diría que se prefieren los gozos inmediatos sobre cualquier otra cosa.

Académico Manuel Solanet

Tuvimos no hace mucho en esta Academia, una conferencia muy interesante del Dr. Mario Feliz sobre el calentamiento global. Él expuso una tesis distinta y opuesta. No es que la suscriba pero vale la pena introducirla y tiene que ver con lo que otros académicos han mencionado en esta sesión.

La técnica evoluciona en el tiempo de manera de amortiguar los problemas que la misma técnica crea. Hemos tenido en el pasado, como bien dijo el académico de la Balze, teorías que se han desmentido luego. Sobre todo aquellas que tienen relación con lo material, como es el caso del calentamiento global. Así estamos

observando el avance del control de los gases de efecto invernadero y de la emisión de gases de carbono. Lo que se debe juzgar es si la velocidad con la que se crean los problemas es o no superada con la velocidad con la que se resuelven. Uno puede hacer un diagnóstico optimista frente al diagnóstico apocalíptico y es que efectivamente habrá una reacción basada en la evolución de la tecnología para neutralizar los problemas que el propio desarrollo ha traído. Es difícil inclinarse sobre una teoría o la otra porque no es fácil hacer predicciones cuando no se tienen todas las variables en la mano. Es muy probable que uno se equivoque. En esta materia apunto más bien al optimismo que al fatalismo.

Hay otras cuestiones que tienen que ver con la tecnología pero también con la moral, una de las cuales fue mencionada por el académico Quintana. Se refiere a la manipulación genética, en donde sí puede surgir una preocupación seria según el uso que se le dé a las técnicas que aparecen día a día. Éstas permiten modificar las condiciones genéticas, no sólo de las plantas o de las semillas en beneficio de la humanidad por producir más alimentos, sino también en desmedro del desarrollo del hombre en el sentido moral y espiritual. Creo que aquí uno puede tener la preocupación de qué es lo que va a ocurrir con los nietos de nuestros nietos, allá en el año 2100. Confieso que mi preocupación pasa más por este lado que por el del calentamiento global, porque las tendencias no necesariamente están indicando el buen camino. La secularización, la degradación de valores, el desprecio por el alma humana y por las condiciones del espíritu, están llevando al aprovechamiento de la tecnología con sentido diverso pero sin duda con la posibilidad de superar fronteras en el plano ético y moral. Mi preocupación es cuál será la consecuencia de la manipulación genética en la búsqueda de crear superhombres, como alguien dijo acá.

Pienso que no estamos generando una calidad y capacidad en el hombre para encauzar su comportamiento según el principio moral. Para usar el libre albedrío en función del bien y no del mal,

y para aspirar a un fin trascendente. Este es un tema que no podremos dilucidar dentro de los términos de la discusión que se ha desarrollado en esta sesión, pero me gustaría que quede planteado como un tema para profundizar.

Académico Enrique Molina Pico

Un comentario sobre lo dicho por el académico Solanet, concuerdo, pero lo divido en dos partes, primera sobre los distintos modelos aplicables a la evolución climática y demás y después sobre la realidad moral. Creo que hay que atarlas a los dos, pues las técnicas para cambiar el modelo climático pueden existir, pero su aplicación está totalmente subordinada a la evolución moral que fue la que se presentó como la más problemática.